

Primer simposio sobre historia contemporánea de México 1940-1984

Inventario sobre el pasado reciente

Dirección de Estudios Históricos

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA



¿Empleo estable o desempleo creciente? *Miguel Angel Rivera* 109

El IMSS, Ficorca, las exportaciones no petroleras:
no sólo cenizas hallarás. *Pedro Aspe* 111

Un proyecto de país, aquí y ahora. *Saúl Escobar* 113

Tercera Jornada: cultura y medios masivos de comunicación

Del difícil matrimonio entre cultura y medios masivos.
Carlos Monsiváis 119

Hermosa república mexicana:
la cultura te saluda. *José Joaquín Blanco* 133

Democratización del espacio, privatización de los medios.
Fátima Fernández Christlieb 137

La crisis de las políticas culturales:
del desarrollismo al monetarismo.
Néstor García Canclini 145

Servicio e instrumento: la televisión que yo soñé.
Antonio Saborit 151

El público, el gran ausente. *José Joaquín Blanco* 153

Inducir políticas culturales. *Francisco Pérez Arce* 155

Cuarta Jornada: México y Estados Unidos

México y Estados Unidos: lo relevante desde 1940.
Lorenzo Meyer 159

La migración: problema metodológico y problema político.
Luis Barjau 169

Fábulas de la sumisión y la independencia.
Lorenzo Meyer 175

La migración como tabú. *Luis Barjau* 181

La percepción estadounidense sobre México. *Luis Maira* 183

Nomadismo rural y desarrollo urbano: águila y sol.
Jorge Bustamante 191

México—Estados Unidos: en busca de los límites tolerables.
Adolfo Aguilar Zínzer 197

En mi ponencia intenté presentar un sumario de algunos de los puntos que, desde mi perspectiva, son importantes para entender la relación entre México y Estados Unidos, desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días. Como punto de partida tomé la perspectiva mexicana, más que la estadounidense, entre otras cosas porque no conozco muy bien la segunda y no habría podido profundizar en los temas y procesos políticos internos de Estados Unidos para tratar de usarlos como una variable que explique su acción en México. Esta omisión no me parece fatal, porque el sistema político estadounidense de 1940 a la fecha, es más o menos el mismo, y los cambios internos son más de forma que de fondo. Tomé como referencia el contexto internacional, que sí ha cambiado, y desde luego las peculiaridades mexicanas, como los factores que pueden ayudarnos a explicar la razón de los procesos.

Un nuevo pacto entre los intereses nacionales

En 1940, el tema de la relación entre México y Estados Unidos está determinado por un cambio en la naturaleza del gobierno en México que, si no es caracterizable como ideológico, sí es ubicable como un cambio en el contenido de la política. Se deja atrás la etapa cardenista —fenómeno iniciado desde 1938 pero que se acelera con el cambio sexenal— y entramos en un período en el que los dos intereses nacionales, definidos por sus respectivos gobiernos (que es como entiendo el interés nacional, pues de otra manera sería imposible usar el término), se van acercando. Esto es resultado del interés de Estados Unidos por crear, como consecuencia de la guerra europea, un sistema interamericano que le dé seguridad, mientras que en México la izquierda oficial pierde terreno frente a la moderación de Avila Camacho e incluso de la derecha oficial. (Esta lucha interna se prolongó durante mucho tiempo y aparece un poco velada por la idea de la Unidad Nacional que envuelve toda la política avilacamachista.)

Es así como, en este contexto, lo importante es mostrar la manera en que se van acercando los dos intereses. Ello implica, en primer lugar, borrar los antiguos problemas, hacer tabla rasa de lo que había sido la mala relación entre Estados Unidos y la revolución en México; acabar con el problema suscitado por el pago de las expropiaciones agraria, petrolera, en cierto sentido la ferrocarrilera y de la deuda externa que no se cubría desde 1913. Todos estos problemas son resueltos rápidamente por una decisión estadounidense que busca consolidar más el sistema interamericano. Esta situación dependía básicamente de la buena relación con Brasil y México; como las relaciones con Argentina eran sumamente conflictivas y seguirían siéndolo durante toda la guerra, las relaciones con Brasil y México se hicieron cada vez más importantes.

Aparecen así con claridad, hechos a un lado los anteriores desacuerdos, los nuevos puntos de unión, entre los que sobresale la cooperación militar para la defensa del territorio en la zona del Océano Pacífico, que era la que

más le preocupaba a los estadounidenses, por lo menos durante 1942, quizá comienzos de 1943 (en 1943 Japón deja de ser un problema serio en este aspecto y pierde interés). En esta cooperación, como en todas, no hay una identificación absoluta de los intereses de los dos países, aunque hay un gran acercamiento ideológico como resultado de la lucha contra el Eje; de todas maneras, existen diferencias que, incluso en los momentos de mayor acercamiento, nunca llegan a borrarse: ¿quién va a controlar las bases aéreas? ¿Quién va a vigilar y hacerse cargo de las bases de los puestos de radar? La pequeña lucha termina porque, simplemente, no existieron bases aéreas en México, debido a que las partes nunca se pusieron de acuerdo. En sí, la cooperación militar presenta dos rostros: el de la cooperación (que resultará el aspecto dominante) y el del conflicto.

El terreno más importante en la negociación de las nuevas relaciones es el económico. Este aspecto se consolida en el tratado de comercio, un instrumento importantísimo para regular los flujos comerciales entre los dos países. El problema tiene sus bemoles visto desde el lado mexicano, ya que en opinión de distintos estudiosos los precios de las materias primas en este período no eran realmente los mejores para México; sin ser economista, no puedo más que dar fe de que hubo esa diferencia de opiniones. Sin embargo, creo que México no tenía más mercado que Estados Unidos; no había realmente muchas opciones entre las cuales escoger.

Indirectamente, este punto conduce al estudio del problema del aceleramiento de la industrialización sobre la base de la sustitución de importaciones. Este proceso viene desde el porfiriato, pero se acelera aquí porque existen las divisas suficientes en la medida en que se desarrolla el comercio con Estados Unidos. También hay trabas, sin embargo, porque la economía de guerra estadounidense no puede surtir todas las demandas de bienes intermedios y de bienes de capital que se requerían en México, lo cual frena las enormes esperanzas del sector empresarial mexicano en esa época y provoca ciertas fricciones. Asimismo, uno de los aspectos de esta relación es el de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos; la necesidad de mano de obra en aquel país permite que se puedan pedir las mejores condiciones posibles para estos trabajadores. En esta ocasión, México tiene uno de los momentos cumbres en su negociación del problema, que se empieza a presentar, más que en el pasado, como un tema sustantivo de la relación entre los dos países.

Crear en la buena vecindad

A partir de la posguerra, la diferencia de intereses vuelve a hacerse más grande; en contraste con el pasado, estos intereses no llegan a precipitar una crisis que pueda terminar en situaciones de violencia, como había sucedido entre 1910 y 1938-39. El gobierno mexicano intenta soslayar por un buen tiempo la diferencia de intereses con la idea de la buena vecindad, aunque la esencia de esa idea ya se había perdido. Hay un deseo de parte de los funcionarios mexicanos de que no sea así, de que la cooperación durante la guerra se traslade a una cooperación económica continental; de hacer del sistema interamericano un sistema de seguridad similar al del pasado, convertido también en un sistema de flujo de capitales de Estados Unidos hacia América Latina y de apertura de los mercados estadounidenses. Sin embargo, Estados Unidos se interesa muy poco en la cooperación económica y desea que ese asunto quede a cargo de su propia iniciativa privada, que los flujos

de capitales se hagan de manera ajena a las decisiones públicas, que sean las compañías las que busquen sus mejores oportunidades y que los gobiernos latinoamericanos creen ambientes propicios para esta presencia del capital extranjero.

El gobierno de Miguel Alemán, y en cierta medida el de Ruiz Cortines, propician un clima de cooperación y de amistad sin precedente en el cual México, por primera y única vez, se convierte en aliado formal de Estados Unidos en su política mundial. Aunque los tratados de comercio no se renovaron después de la guerra, siguió hablándose con el lenguaje de la buena vecindad. Alemán lo usó muchas veces y llegó lo más lejos posible en su apoyo al anticomunismo estadounidense, aunque nunca se comprometió de manera total y abierta. Ciertamente, no envió, como Colombia, tropas a Corea, pero desde luego apoyó a Estados Unidos en su política internacional, que consistió entonces, básicamente, en la guerra fría: en las Naciones Unidas, por ejemplo, México apoyó a EU. Sin embargo, en el sistema interamericano empezó a establecerse cierta distancia que definirá la política de México desde entonces. El alejamiento mexicano de la OEA es en realidad un alejamiento respecto al proyecto estadounidense para América Latina.

Vecinos no quiere decir amigos

En el terreno económico ocurrieron varios choques importantes. La creación del *dumping* por parte de Estados Unidos (como en el algodón, que fue uno de los más importantes de los años cincuenta) afectó de manera sustantiva a México para obtener las divisas necesarias que le permitieran continuar su proceso de industrialización; lo mismo sucedió con el plomo y con el zinc, por aquel entonces campos abiertos para la exportación mexicana y que a partir de ese momento empezaron a cerrarse. México, por su parte, denunció el tratado de comercio y creó grandes barreras arancelarias y de otro tipo para detener el flujo de mercancías estadounidenses en las áreas en donde su industrialización iba aparentemente por buen camino.

En el interior del país surgió una disputa entre la empresa privada, el gobierno y la izquierda sobre qué hacer con la inversión extranjera. Tradicionalmente, las grandes confederaciones, la Concanaco y la Concamin —pero sobre todo la primera—, veían con buenos ojos la presencia del capital extranjero, en aumento desde 1940: hacia el fin de la guerra, había pasado de cien a mil millones de dólares, y siguió aumentando durante el alemanismo y el ruizcortinismo. La Canacindra, en cambio, asumió el liderazgo nacionalista y mantuvo una posición de reserva frente al capital. Estas posiciones prevalecieron desde el sexenio de Avila Camacho pero se acentuaron inmediatamente después con Alemán, en cuyo período presidencial no alcanzó a resolverse el conflicto. Aunque se legisló sobre inversiones extranjeras, el marco legal era muy débil, y quedó en gran medida a discreción de la Secretaría de Relaciones Exteriores otorgar o no los permisos, sobre todo cuando las inversiones pasaban del 49 por ciento. En todos estos aspectos se han realizado investigaciones; las más representativas están incluidas en la bibliografía de mi ponencia.

También durante estos años aparecieron diferencias de intereses con respecto a los trabajadores migratorios. En los años treinta, estos trabajadores fueron echados hacia México; luego, al principiar la guerra en los cuarenta, fueron nuevamente absorbidos; al fin de la guerra, se les obstaculizó de nueva cuenta, y finalmente el tratado de braceros se renovó, pero en

condiciones cada vez más desfavorables para México, sobre todo si lo comparamos con el existente durante la guerra. Esta serie de indicadores muestran la acentuación de las diferencias, aunque sin la violencia y sin la fuerza que caracterizó al pasado.

Las amistades peligrosas

Paso ahora a los años sesenta, sobre todo al período del desarrollo estabilizador. México presentaba una diferencia sustantiva con otros países de América Latina: su capacidad de detener la inflación y de controlar los procesos políticos de una manera notable para la época; controla las demandas de los grupos mayoritarios organizados y crea un ambiente de relativa calma en un continente con otros sistemas políticos sin tranquilidad alguna; en realidad, a Estados Unidos le preocupaba muy poco la infiltración comunista en México. La política gubernamental mexicana empezó a dibujar una nueva estrategia que consistía en desligar a México del estrecho abrazo con Estados Unidos, predominante desde la guerra. Las decisiones de López Mateos, que pueden entenderse en función de esta nueva relación, se dirigieron a buscar nuevos apoyos políticos y económicos en Europa, África y Asia, política que, a final de cuentas, no tuvo buen fin, ya que el comercio exterior mexicano no aumentó como hubiera sido deseable. La presencia política más importante fue la de Francia, por aquel entonces la potencia occidental que más se distanciaba de Estados Unidos.

Se acrecentaron así las diferencias; los nacionales no siguieron el mismo camino que había trazado Ezequiel Padilla, arquitecto de la armonía entre 1942 y 1946. Las distancias entre ambos países fueron muy claras en lo que se refiere a América Latina; empezaron con Guatemala en 1954, cuando Estados Unidos ejerció una actitud intransigente ante el gobierno guatemalteco, que terminó en su derrocamiento, y se acentuaron con la revolución cubana, caso en el que México se vio obligado, no por amor sino por fuerza, a alejarse considerablemente de la postura de Estados Unidos. Sin embargo, cuando la política continental se convirtió en un problema de verdadera importancia y de seguridad nacional para Estados Unidos, como en el caso de la crisis de los misiles en octubre de 1962, a México no le quedó más remedio que alinearse y apoyar de manera irrestricta la posición estadounidense, aunque en los asuntos en que este interés prioritario no estuvo presente, el margen de independencia siguió siendo importante.

El aspecto económico permaneció estable, sin grandes debates, como en el caso de la inversión extranjera, en el que sólo la izquierda siguió insistiendo en la necesidad de un dique; las diferencias entre la Canacintre y las otras dos organizaciones empresariales desaparecieron. La inversión estadounidense se consolidó en el país, aunque sólo de manera directa; la inversión indirecta no aparecía aún.

Por los caminos (accidentados) del Sur

En el último apartado, que cubre el período desde el fin del desarrollo estabilizador hasta la crisis que prevalece desde 1973 hasta hoy, puse énfasis prioritario en la necesidad mexicana de buscar nuevos contactos en el mundo, y en la frustración de este propósito. Echeverría desarrolló lo que estaba en germen con López Mateos hasta un plano mucho mayor en el sentido de

identificar a México con el Tercer Mundo. Esta idea estaba en el aire desde hacía tiempo aunque México había tomado distancia respecto de los movimientos tercermundistas.

Cuando López Portillo sucedió a Echeverría, pareció por un tiempo que no se seguiría la línea trazada por éste, pero luego, con el petróleo, se acentuó esa misma trayectoria, esta vez materializada en el diálogo Norte—Sur, en el que México encabezó al Sur en contra de la voluntad estadounidense de tener ese diálogo.

En otros campos, las contradicciones también se hicieron más notables; es el caso de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos. Resultaba ya imposible seguir sosteniendo el tratado de braceros y se concluyó en la inexistencia de marco jurídico alguno en esa área. Se acentuaron entonces las deportaciones y las amenazas de Estados Unidos de modificar sustancialmente su propio marco legal para poder tratar de una manera más directa el problema, haciendo su frontera menos permeable.

El asunto del comercio se acentuó también; Estados Unidos sugirió a México el ingreso al GATT y el gobierno mexicano, de una manera nada discreta, contestó abiertamente que permanecería fuera de ese organismo y que no tenía la intención de alinearse a las políticas de EU. Los dos proteccionismos chocaron en este caso; se trata de un viejo problema ahora pronunciado. El choque de ambos proteccionismos afectaría a México notablemente, pues su etapa de industrialización a través de la sustitución de importaciones alcanzaría desde los años sesenta, pero sobre todo desde los setenta, un punto en el cual era necesario aumentar el comercio exterior; el mercado natural seguía siendo Estados Unidos. Con el petróleo, las tendencias mexicanas hacia la independencia se reforzaron. Como mi trabajo abarca hasta 1980 ya no me ocupo del desastre, me quedo en la parte agradable de ese momento, en la que empezaron a otorgarse mayores estímulos a los proyectos mexicanos de diversificar sus contactos, tanto económicos como de política internacional.

En el caso interamericano está presente el tema de Centroamérica, una nueva versión del mismo conflicto vivido con la revolución cubana pero ahora matizado por otras modalidades. Existe entre EU y México una diferencia de percepciones sobre lo que está bien y lo que está mal en los cambios políticos de la región, sobre cuáles cambios políticos son aceptables para Estados Unidos y cuáles para México. Lo que para México significa una modificación de sistemas obsoletos que se habían empeñado en no modernizarse, para Estados Unidos es mucho más terrible y drástico: el enfrentamiento Este—Oeste. Pero en los años ochenta la posición mexicana es muy clara: apoyo político y económico a Nicaragua. Cierro la presentación con este momento de optimismo y de seguridad mexicana frente a Estados Unidos, de reafirmación de las diferencias en las percepciones de los intereses nacionales de los dos países.

Hay un tema muy importante que casi no traté en mi trabajo porque carezco del material para desarrollarlo. Se trata de la relación gobierno a gobierno, gobiernos a grupos y grupos a grupos de los dos países; lo único que se ha investigado es este último aspecto, es decir, la relación entre los movimientos laborales de México y Estados Unidos, la CTM y las grandes organizaciones estadounidenses. El campo que casi no ha sido explorado es el de las relaciones interempresariales, la colaboración económica entre particulares. Está también el tema de la integración económica en la frontera; ahí sí hay una colaboración de particulares, pero por millones de pequeños átomos que están en constante interacción. Sin embargo, el tema de las

grandes empresas (por ejemplo la Ford) y su interacción con sus contrapartes privadas en México es importante y no ha sido muy rastreado todavía. Quedan zonas casi vírgenes en esta temática; pero incluso aquellas sobre las que ya hay alguna aproximación deben tomarse como punto de partida para la profundización en este campo. Todos los terrenos de nuestra relación con Estados Unidos están realmente por seguir siendo explorados, ninguno está agotado.